

Pasado y presente de la extrema derecha europea

MAXIMILIANO FUENTES CODERA Y GIAIME PALA

La Gran Guerra representó un auténtico parteaguas en la historia europea. Tanto sus antecedentes como sus consecuencias se extendieron más allá de los cuatro años de enfrentamientos en los campos de batalla. El período de entreguerras estuvo definido por la violencia política. Entre 1917 y 1920 Europa vivió veintisiete cambios de poder político, de carácter violento y a menudo acompañados de guerras civiles y conflictos internos. Como expresó en 1919 el filósofo y partidario de la Rusia blanca Piotr Struve –y recogió Robert Gerwarth en *Los vencidos*–, después del armisticio «todo lo que hemos experimentado, y seguimos experimentando, es una continuación y una metamorfosis de la guerra mundial».¹

La influencia mundial de la revolución bolchevique fue fundamental para configurar un escenario político profundamente inestable. Las tensiones sociales experimentadas en Europa durante los meses posteriores a la guerra engendraron nuevos grupos políticos y paramilitares que intentaron acabar –a través de la violencia– con las aspiraciones revolucionarias de los diversos grupos que se reconocían como parte de una ola mundial. Las intensas negociaciones de posguerra y la creación de los nuevos Estados europeos tuvieron lugar en un contexto que estuvo lejos de mostrar signos de estabilidad y que –de Alemania a España, pasando por Hungría, Portugal e Italia–, produjo un movimiento pendular de extrema izquierda a extrema derecha. Triunfante en 1918, la democracia estaría prácticamente extinguida veinte años después. En definitiva, la victoria del liberalismo en 1918 había sido efímera. Los métodos y las prácticas de la guerra de trincheras se transfirieron a la sociedad civil, endureciendo los lenguajes y las formas de lucha. En líneas generales, tres elementos emanados de la Gran Guerra resultan centrales para explicar el contexto de la articulación del fascismo en Europa: la “brutalización” –rituales de masas, violencia, xenofobia– articulada a través de la

¹ Robert Gerwarth, *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017, p. 27.

experiencia de la muerte de masas; el ultranacionalismo palingenésico; y la apelación a la violencia como recurso para la eliminación política y física del enemigo interno y externo.

En este marco, los defensores del liberalismo empezaron a perder peso en la esfera internacional. Como planteó Mark Mazower en *La Europa negra*,² los vencedores de la guerra pronto se mostraron mucho más preocupados por el comunismo que por una potencial dictadura de extrema derecha. No supieron ver que si la democracia quedaba identificada con el tratado de Versalles, la abolición de la democracia debía implicar también un ataque a estos acuerdos de paz. Y estos ataques liderados por las renovadas fuerzas de derechas se daban en una fase en la que las izquierdas empezaban a ser cada vez menos influyentes en Europa.

La emergencia del fascismo en Italia expresó en toda su magnitud los problemas y las debilidades del liberalismo italiano y europeo. La llegada al poder de Benito

La emergencia del fascismo en Italia expresó en toda su magnitud los problemas y las debilidades del liberalismo italiano y europeo

Mussolini tuvo más que ver con el miedo generado por la conflictividad obrera y campesina de posguerra que con la Marcha sobre Roma de octubre de 1922. Por ello, Mussolini obtuvo un amplio apoyo de la policía, los funcionarios, la Corte y el Parlamento; y su primer gabinete fue una coalición con tres partidos: sin el apoyo de los liberales, simplemente no podría haber formado gobierno. Sin su

apoyo tampoco habría conseguido imponer la reforma electoral de finales de 1923 que le aseguró el control de la Cámara de Diputados.

El fascismo se consolidó como el primer movimiento nacionalista y revolucionario, antiliberal, antidemocrático y antimarxista, organizado como un partido-milicia, que conquistó el monopolio del poder político y destruyó la democracia para construir un nuevo Estado y regenerar la nación. Como ha explicado en sus trabajos Emilio Gentile, todos los movimientos que atravesaron la experiencia bélica y confluyeron en el fascismo compartieron la conciencia de representar la nueva Italia nacida de las trincheras.³ De acuerdo con la experiencia bélica y con el movimiento *squadristi* del cual se nutrió, desde su constitución en 1919 el fascismo organizó a sus

² Mark Mazower, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Ediciones B, Barcelona, 2001.

³ Entre los numerosos trabajos sobre el fascismo italiano de Emilio Gentile, véase sobre todo la sintética pero muy eficaz obra: *E fu subito regime. Il fascismo e la Marcia su Roma*, Laterza, Roma-Bari, 2012.

afiliados en el marco de una lógica amigo-enemigo. Fue una demostración clara de la militarización de la política expresada en la idea del ciudadano-soldado, el cual debía asumir el mandato fascista por excelencia: «crear, obedecer, combatir».

En 1922, el fascismo italiano fue mucho más una expresión precoz de la crisis del liberalismo que la forma definitiva o modélica de la alternativa de derechas a los proyectos liberales surgidos de la guerra. La década de 1930 consolidaría un escenario profundamente antidemocrático. En 1938, dieciséis de los veintiocho estados europeos estaban regidos por dictaduras de extrema derecha, desde regímenes militares hasta propiamente fascistas. La crisis de 1929 y su impacto había sido fundamental para que Hitler llegara al poder en 1933. Su presencia se extendería hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945.

A pesar de que la presencia de fuerzas neofascistas y neonazis en Europa fue un hecho patente durante toda la Guerra Fría, en los últimos veinte años se ha observado un notable crecimiento de grupos, partidos e intelectuales vinculados a unas nuevas extremas derechas. Se trata de un proceso iniciado con el nuevo siglo, que tiene sus antecedentes inmediatos en la década de los noventa –Front National, Lega Nord, Vlaams Blok– y que llega hasta el presente. Está marcado, como ha planteado el politólogo Cas Mudde, por la incorporación de la nueva extrema derecha populista al escenario político.⁴ En este marco, desde la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en enero de 2017 se intensificaron los planteamientos y los debates sobre la llegada de un nuevo fascismo. Muchos autores se acercaron al tema y ensayaron diversas fórmulas para referirse a un fenómeno que no era tan nuevo y que, simultáneamente, emergía como una novedad. Al respecto, y como ha afirmado Joan Maria Thomàs, es importante tener presente que cuando nos referimos al fascismo hay que distinguir entre ideología fascista, partidos fascistas y regímenes fascistas. Teniendo en cuenta esta distinción, resulta evidente que la ideología persiste hoy en día, si bien no con la influencia que tuvo en el periodo de entreguerras. También existen en la actualidad partidos fascistas minoritarios, como la española *La Falange*. En cuanto a regímenes fascistas, como lo fueron la Alemania nazi, la Italia fascista o la Croacia *ustacha*, no existen actualmente ni parece que estemos cerca de verlos nacer. Como es evidente, los actuales partidos populistas de extrema derecha han obtenido votos de nostálgicos del fascismo o de las extremas derechas del periodo de entreguerras, pero no se han planteado ni la imposición de dictaduras de partido único ni la conformación de re-

⁴ Cas Mudde, *La ultraderecha hoy*, Paidós, Barcelona, 2021.

gímenes totalitarios en los que la ideología del partido único penetra en todas las esferas de la vida política, social, asociativa y familiar.⁵

A pesar de los vínculos entre el fascismo y el populismo que ha mostrado Federico Finchelstein,⁶ parece claro que la actual extrema derecha populista –desde Trump hasta Bolsonaro, pasando por Orbán y Vox– está lejos de verse reflejada en los partidos y en la ideología fascistas. Esto no quiere decir, sin embargo, que dichos gobiernos y partidos no sean permeables a algunos componentes del fascismo o a una cierta “memoria histórica” próxima hacia él. Estos grupos comparten con los fascistas el ultranacionalismo y su patriotismo chauvinista. Lo mismo puede decirse de la xenofobia, a pesar de que algunos partidos han sustituido el racismo étnico por otro de tipo cultural, rechazando el multiculturalismo pero aceptando a

La actual extrema derecha populista, de Trump a Bolsonaro pasando por Orbán y Vox, está lejos de verse reflejada en los partidos y en la ideología fascistas

quienes asuman los “valores nacionales”. A pesar de que presentan elementos comunes con los partidos fascistas y nacionalistas reaccionarios de la década de 1930, las propuestas actuales son respuestas nuevas a un mundo muy diferente del de entonces. Por ello, no resulta operativo calificar al amplio y diverso arco de las extremas derechas populistas antiliberales como fascistas. Hacerlo es, en primer lugar, ahistórico. Además, como ha advertido

Emilio Gentile en *Quién es fascista*, existe el riesgo de que esta calificación oculte otras amenazas sobre la democracia y que poco tienen que ver con el fascismo.⁷ Sin embargo, como ha planteado Enzo Traverso,⁸ el fascismo posee una dimensión transhistórica (además de transnacional): va más allá de la época que lo engendró a través de la memoria colectiva. Es la memoria colectiva la que establece el vínculo entre el concepto y su uso público. Por eso, resulta pertinente referirnos a estos nuevos movimientos como “posfascismos”. Este concepto permite tanto establecer las diversas herencias entre el fascismo de los años treinta del siglo XX y las actuales extremas derechas populistas como examinar los múltiples elementos que diferencian ambos períodos históricos. Además, es útil para dar cuenta del carácter inestable y heterogéneo de estos movimientos, que van desde

⁵ María Cruz Romero y Pedro Ruiz Torres, «El auge de la nueva extrema derecha y el problema histórico del fascismo» (entrevista a Joan María Thomàs), *Politika*, julio de 2020. Disponible en: <https://www.politika.io/en/notice/el-auge-nueva-extrema-derecha-y-el-problema-historico-del-fascismo>.

⁶ Federico Finchelstein, *Del fascismo al populismo en la historia*, Taurus, Madrid, 2019.

⁷ Emilio Gentile, *Quién es fascista*, Alianza Editorial, Madrid, 2019.

⁸ Enzo Traverso, *Las nuevas caras de la derecha. Conversaciones con Régis Meyran, Siglo XX*, Buenos Aires, 2018.



grupos abiertamente neofascistas (Amanecer Dorado en Grecia, Jobbik en Hungría) hasta fenómenos populistas sin orígenes fascistas como Trump o Bolsonaro.

Desde este punto de vista, parece claro que, mejor que preguntarnos sobre las similitudes con el llamado “fascismo histórico”, lo pertinente es analizar compara-

El fascismo posee una dimensión transhistórica (además de transnacional): va más allá de la época que lo engendró a través de la memoria colectiva

tiva e históricamente los contextos de la década de 1930 y la actualidad. Vale la pena recordarlo: no existió un “fascismo ideal” o “puro”; lo que existió fueron ideologías, partidos y regímenes que mutaron en las dos largas décadas del período de entreguerras. La pregunta, por tanto, debe enfocarse hacia algunas similitudes socioeconómicas, políticas y culturales que sí existen entre nuestro presente y las décadas previas a la Segunda Guerra Mundial. Como historiadores, creemos que la comparación histórica es un instrumento utilísimo para comprender las causas de un fenómeno político y su fenomenología.

tiva e históricamente los contextos de la década de 1930 y la actualidad. Vale la pena recordarlo: no existió un “fascismo ideal” o “puro”; lo que existió fueron ideologías, partidos y regímenes que mutaron en las dos largas décadas del período de entreguerras. La pregunta, por tanto, debe enfocarse hacia algunas similitudes socioeconómicas, políticas y culturales que sí existen entre nuestro presente y las décadas previas a la Segunda Guerra Mundial. Como historiadores, creemos que la comparación histórica es un instrumento utilísimo para comprender las causas de un fenómeno político y su fenomenología.

Las dinámicas históricas que favorecen a las extremas derechas

Para ello, conviene volver al libro *La gran transformación* (1944), en el que el científico social Karl Polanyi (1886-1964) formuló una interpretación del liberalismo clásico que protagonizó la vida europea de 1815 a 1914.⁹ En su opinión, las sociedades liberales se mantuvieron estables mientras aguantaron cuatro factores bien determinados: el equilibrio geopolítico entre las potencias europeas surgido del periodo posnapoleónico; la primera globalización económica basada en el patrón oro; el dogma de economías que prosperarían solo en caso de que estuvieran libres de interferencias del sector público; y las libertades políticas. Todos estos factores conformaban un ideario que vinculaba el progreso social con la sacralización de un mercado autorregulador que debía esquivar las instancias de democratización procedentes de las clases populares. Para Polanyi, la inserción definitiva de las masas en la escena política a raíz de la Gran Guerra y la crisis de 1929 decretaron el ocaso de este orden político ya insostenible. Las derivas autoritarias de la extrema derecha de los años veinte y treinta representaron, pues, el resultado de un liberalismo cuyo fracaso había abierto el camino a líderes que podían salvaguardar los mercados y las jerarquías sociales con mano de hierro.

⁹ Una edición reciente en castellano de esta obra es: Karl Polanyi, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Virus, Barcelona, 2016.

La derrota del nazifascismo en la Segunda Guerra Mundial marcó un punto de inflexión en la evolución de la política y del capitalismo contemporáneos. Si bien es cierto que el miedo a la expansión del comunismo soviético fue una palanca para acometer reformas sociales de calado, hay que tener presente —como hizo el malogrado historiador Tony Judt en *Postguerra*¹⁰ que los estadistas de Europa Occidental también abrieron las economías de sus países a la intervención pública para apuntalar la calidad de vida unas clases medias que en los años de entreguerras se mostraron sensibles a las consignas fascistas. Solo a través de la plena ocupación, de servicios sociales robustos y de niveles de crecimiento elevados se podría haber integrado tanto a los asalariados como a la clase media dentro de una sólida democracia de masas. En este sentido, el contrato social y democrático de posguerra fue la superación del liberalismo de matriz decimonónica del que habló Polanyi y se reveló eficaz a la hora de contener las tentativas de involución autoritaria causadas por la frustración por los procesos de descolonización en África y Asia, como en Francia, y por la complicidad de aparatos del Estado con núcleos terroristas neofascistas (Italia). Como señaló hace algunos años Jan Werner Müller en *Contesting Democracy*,¹¹ la nueva democracia de posguerra, que no acabó de afianzarse hasta bien entrada la década de los cincuenta, en buena medida gracias al éxito del Estado de bienestar, era sensiblemente más limitada que la que había alumbrado el fin de la Gran Guerra. A la altura de la década de los setenta, los países de Europa Occidental habían consolidado sistemas caracterizados por economías mixtas, organizaciones sindicales fuertes, partidos de masas y elevados porcentajes de participación electoral. Y los países de sur europeo que entonces salían de dictaduras de derecha como Grecia, Portugal y España, parecían converger hacia ese modelo.

Este panorama comenzó a cambiar a finales de los años setenta. El auge de la nueva derecha anglosajona de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, el impacto en la izquierda política de los hechos de 1989 y el fin de las formas de fordismo presentes en el continente, explican solo en parte la crisis del modelo social europeo. En Europa, pesaron más las características que asumió el proceso de integración europea. Como ha explicado solventemente Quinn Slobodian, ya a partir de los años sesenta la Comunidad Económica Europea fue vista por los neoliberales europeos como un proyecto piloto acerca de cómo crear un orden político que protegiera jurídicamente una sociedad de mercado libre. No se trataba, pues, de “liberar”

¹⁰ Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Taurus, Madrid, 2006.

¹¹ Jan Werner Müller, *Contesting Democracy. Political Ideas in Twentieth-Century Europe*, Yale University Press, New Haven/Londres, 2011.

los mercados de las interferencias públicas, como pensaban Milton Friedman y los neoliberales anglosajones, sino de “aprisionarlos” mediante una espesa red de

**Resulta pertinente
analizar comparativa
e históricamente los
contextos de la
década de 1930 y la
actualidad**

leyes y un uso abundante de los tribunales (supra)nacionales que permitieran la libre acción de los sujetos económicos privados.¹² Dicho de otra manera: el neoliberalismo europeo no es sino una suerte de teoría del Estado según la cual este último ha de intervenir en la esfera socioeconómica para blindar un marco jurídico-institucional favorable a las empresas. Desde el Acta Única de 1986 hasta el Tratado de Lisboa de 2007 se

conformó así una constitución material basada en la independencia del Banco Central Europeo (BCE) de los poderes públicos, en la obsesión monetarista por la inflación, en límites restrictivos de deuda y déficit públicos y en la extrema dificultad para que el sector público actúe en la economía, entre otros elementos.

La ulterior aceleración de este proceso, iniciada con la negativa del BCE a respaldar las deudas públicas de los Estados del sur en 2010-2011 y con la imposición del Pacto Fiscal Europeo de 2011, que implicaba recortes sociales draconianos, evidenciaba la voluntad de transformar la crisis económica de 2008 en la gran ocasión para declarar, como hizo el presidente del BCE Mario Draghi en 2012, la muerte de un Estado social europeo cuyo «bienestar se lograba a base de deudas».¹³ Leídas hoy, después de las gigantescas operaciones de expansión cuantitativa del BCE para salvar la moneda única y mantener a flote las economías de la zona euro durante la pandemia de la COVID-19 –y cuando todos los tratados de la Unión Europea están suspendidos por su inaplicabilidad–, se nos aparecen como palabras de una era lejana e irrepetible. *In illo tempore*, sin embargo, ilustraban un objetivo político ampliamente compartido por las clases dirigentes europeas. Un objetivo finalmente fallido. En efecto, la austeridad propiamente dicha duró hasta poco después de la derrota política del Gobierno griego de Alexis Tsipras en el verano de 2015. Una vez eliminado el peligro de que surgiera una alternativa continental de izquierdas liderada por Syriza se relajaron todas las medidas de contención del gasto público y, como ya hemos dicho, se otorgó carta blanca al BCE para cubrir las necesidades monetarias de los Estados de la zona euro. El hecho es que la austeridad, como método de gobierno, se había demostrado contraproducente por-

¹² Quin Slobodian, *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, Capitán Swing, Madrid, 2021, sobre todo pp. 21-25 y 275-328.

¹³ Rafael Poch, «Draghi: “Lo peor ha pasado, pero aún hay riesgos”», *La Vanguardia*, 22 de marzo de 2012. Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/economia/20120322/54276181580/draghi.html>

que alteraba los comportamientos electorales y amenazaba con poner fin a la hegemonía histórica de los partidos populares y socialistas en Europa.

Con todo, los problemas no acabaron ahí. En 2016, el año del Brexit y de la victoria electoral de Donald Trump en los Estados Unidos, muchos europeos empezaron a darse cuenta de que el continente no había pasado página. Las heridas sociales de 2008-2015, en términos de paro y de crisis de los proyectos de vida de millones de ciudadanos, habían dejado un poso de descontento en las clases populares y medias que las extremas derechas han sabido percibir e instrumentalizar para fines propios. Sus líderes han entendido que el legítimo derecho a la protección social, asegurado en las constituciones de posguerra, pero menoscabado por décadas de neoliberalismo triunfante, podía ser interpretado en clave chovinista –y, por ende, excluyendo del bienestar a los inmigrantes–, y que se podía responder a la atomización social, implícita en el ideario neoliberal, con eslóganes demagógicos acerca de una “nación” cohesionada y con tintes étnicos. Aunque sea en formas menos trágicas, se ha repetido la misma dinámica que sentenció la República de Weimar, esto es, la aparición de una potente ultraderecha a causa de la violenta política de austeridad llevada a cabo por el canciller centrista Heinrich Brüning (1930-1932).¹⁴ A este respecto, la extrema derecha de hoy representa –en negativo y en filigrana– la autocrítica que los (neo)liberales se han negado a formular sobre los resultados misérrimos de su política socioeconómica. Más allá de los esfuerzos que hagan las izquierdas por reconstruir una teoría y una práctica política convincentes, sin una reorientación del liberalismo europeo en un sentido más progresista y abierto a la participación política de los ciudadanos, difícilmente podremos contener los movimientos ultraderechistas que amenazan la calidad de nuestra democracia y afrontar los retos socioecológicos que tenemos por delante.

Maximiliano Fuentes Codera y Giaime Pala son historiadores y profesores de la Universitat de Girona.



¹⁴ Gregori Galofré-Vilà, Christopher M. Meissner, Martin McKee y David Sucker, «Austerity and the Rise of the Nazi Party», *The Journal of Economic History*, vol. 81, 1, 2021, pp. 81-113.